

Mefistófeles en sol escondido menor

FAUSTORAMA, EL MUSICAL

■ FERNANDO LÓPEZ MATEOS

«No sólo de voz vive el actor», diría un supuesto proverbio parafraseando al otro viejo dicho que relata: "No sólo de pan vive el hombre". Cuando nos referimos a este último refrán, usualmente estamos hablando de las necesidades vitales del hombre y de su modo de satisfacerlas. También hablamos de las diferencias entre las necesidades físicas o materiales del individuo; en contraposición con las llamadas necesidades espirituales (metafísicas, abstractas, ideales, etc.). Pero, ¿esto qué tiene que ver con la comedia musical Faustorama. Casi nada.

profunda y terriblemente difícil, al contrario de su aparentemente fácil y resumida síntesis.

La labor del músico-libretista Maxwell Taylor, en un despliegue de erudición musical decide escribir su versión del Fausto, una obra que ha dado pie a múltiples interpretaciones por su carácter simbólico y filosófico. El sino dramático del poema de Goethe; en ocasiones de representación diversas, resalta su esencia mística, seductora y condenatoria, envuelta en una tela de misterio.

El Fausto goethiano, alimentado por la leyenda del Libro popular del Doctor Fausto de Spies y por la narración de Marlowe, reconstruye la historia y la llena

la prisión conmueven a ésta, quien lo libera condicionándolo a aceptar y perdonar los errores del pasado y a que abra nuevamente su corazón al amor.

Mefistófeles creyendo que Morfeo no es Fausto, decide matarlo y mandar su alma a Dios para probarle a él que mintió. Margarita, al descubrir a Morfeo muerto, sólo anhela unirse a él en la muerte, y le solicita a su amiga ayudarlo a ir al paraíso.

De manera sorpresiva, la trama se resuelve con la confrontación de Mefistófeles con Dios y el inusitado "triumfo" de Margarita, quien une su alma a la de Morfeo en el paraíso, bajo la mirada atestiguante de Helena. Ya unidos los dos héroes, Mefistófeles se regresa a su vieja actividad en el milenio Hades.

Entonces: así como el argumento transformado en una especie de cuento de hadas contemporáneo dejó muchos cabos por unir, la ejecución de uno de los principales roles de la obra -Mefistófeles-, nos dejó un sombrío desconcierto (por no decir malestar) por su añejada y (al menos en la función que nos tocó ver) poco cultivada voz para esta comedia musical

de configuración extraña.

Si el trabajo de Tom Jepperson tiene un cuarto de siglo de irse profesionalizando en Faustorama no encuentra su mejor momento. Más bien es al revés. Se aprecia una depreciada voz y un pobre ejercicio del canto, acompañado de un impuesto estilo en extremo formal, que hace perder el posible encantamiento que Danielle Forsgren y Scott Lacy alcanzan regalarte al auditorio.

Un trabajo colectivo que no está armado para el conjunto, que dispara el tiempo en cada semana con el movimiento de escenografía (atractiva por cierto) obligando a los actores a ajustarse a música (intensa y llena de barroquismo) dejando los finales de cada número vacíos de los aplausos esperados, o con éstos una actitud deprimida.

Síntoma por demás evidente de que Faustorama pierde lo que más esperaba cuando promete un concierto para Fausto en sol mayor, y se queda en uno para Mefistófeles en sol escondido menor. Caput.



La voz del cantor no resiste la aprobación ni la complacencia del público.

En la Primer Mundial de la obra del inglés John Maxwell Taylor, dirigida por David Obele, presentada por el Hann Cosmopolitan Theatre de San Diego (la sede de la Gaslamp Quarter Theatre Company), hizo falta tomar en cuenta nuestro primer proverbio, o alguna consideración similar por parte de la dirección o el responsable de seleccionar el cantábil reparto.

Primeramente: cavilando la idea inicial de desembolsar 25 dólares para poder presenciar el panegírico musical del genio alemán, nos aventamos a pensar en un Goethe sintetizado y liberado de su profundidad eminentemente alemana, para pasar a ser, al estilo de *Les Misérables* de Victor Hugo, la narración extractada de una historia clásica donde la música y el show es lo más importante.

Después: no nos equivocamos cuando comprobamos que el uso de los trajes, de la música, del canto y de los bailes, excedían el contenido fundamental de la historia de nuestro excitante protagonista y su no menos execrable manipulador. Pero eso es de suponerse cuando vamos a ver un musical sobre una historia seria,

de un apasionado y profundo pensamiento, mismo que en Faustorama vemos cambiado y revertido a un juego de tiempos históricos ensamblados en una anécdota compleja, demasiado ingenua y no muy clara.

Luego: la idea de hacer reencarnar al Doctor Fausto bajo el nombre de Doctor Morfeo suena original, pero en este caso, se quedó en la intención. No logra ahuyentarnos el morbo de compararlo con la televisiva serie de la Isla de la Fantasía, luego de ver a Mefistófeles actuar como el guía hacia la realización de los sueños de Morfeo a bordo de su vehículo metafísico.

Por otra parte, la fantasía se hace cada vez más complicada y engorrosa cuando Morfeo se rebela y niega ser la encarnación de Fausto, por lo que Mefistófeles decide plantarle de frente a Helena de Troya para seducirlo y convencerlo de ello.

Caido Morfeo en la mazmorra de Helena después de un caluroso altercado, Mefistófeles confiesa descontrolada y tiernamente su intención y le promete dejarlo llegar a la tierra para encontrarse con su amada Margarita.

El arrepentimiento y las súplicas de Morfeo hacia Helena para que lo libere de